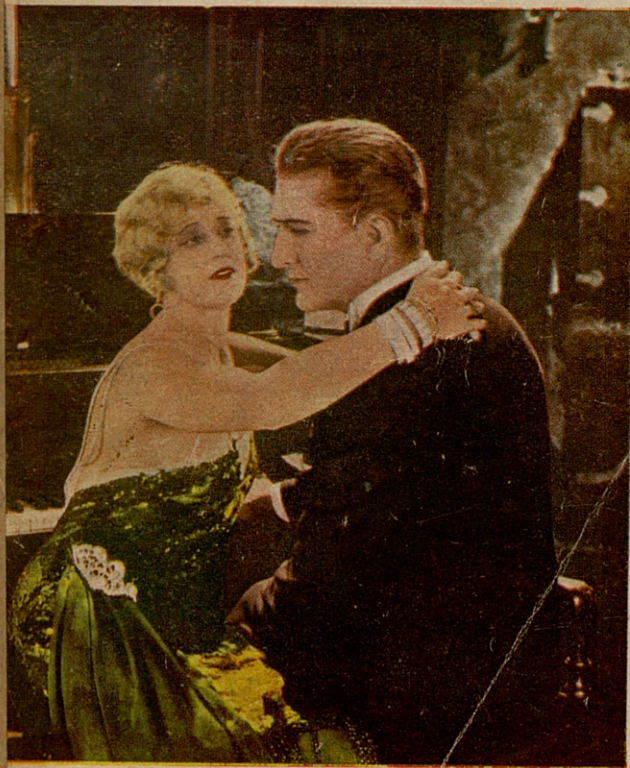


Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

m. 91

25 cénts.



Oraciones y contratos

por BILLIE DOVE y FRANCIS X. BUSHMAN



BIBLIOTECA ILUSION

Corazones y contratos

(THE MARRIAGE CLAUSE, 1926)

Emocionante drama de la famosa directora Lois Weber,
interpretado por

Billie Dove

y

Francis Bushman

Versión literaria de
CRISPULO GOTARREDONA

Exclusivas Universal Hispano American Films, S. A.
Calle Valencia, 233. - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PARÍS, 204. - BARCELONA

CORAZONES Y CONTRATOS

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

<i>Sylvia Jordan</i>	. . .	Billie Dowe
<i>Barry Townsend</i>	. . .	Francis Bushman
<i>Mildred Le Blanc</i>	. . .	Grace Darmond
<i>Max Ravenal</i>	. . .	Warner Oland

I

—Ya sabes que Barry es el director y como tal él sólo es responsable de todo cuanto con la parte artística del negocio se relaciona, y lo hace muy a satisfacción mía... y de mi cuenta corriente, de modo que si no quiere darte ese papel, nada puedo hacer.

El que decía esto era Max Ravenal, el empresario del teatro más importante de Nueva York. Su interlocutora era una bella muchacha que por obra y gracia de la amistad que la unía con Ravenal ocupaba el rango de primera actriz... pero le venía muy ancho.

Mildred Le Blanc, que así se llamaba la protegida de Ravenal, iba a replicar que ella podía cargar con todos los papeles por difíciles que fueran, cuando apareció Barry Townsend en el despacho, donde ambos personajes daban fin a una comida.

—Veo que usted no concede la menor importancia al conflicto en que nos hallamos.

¡En vísperas de un estreno inaplazable y sin una verdadera primera actriz!—dijo el recién llegado, que era el director de escena a quien se refiriera Ravenal minutos antes.

—Si hubiera de preocuparme cada vez que un cómico se pone enfermo, ya habría dejado los negocios de teatro hace tiempo.

Era la hora asignada para la presentación de aspirantes. Barry entreabrió la puerta y con una rápida mirada examinó a todas las chicas que aquel día formaban en el grupo.

Una de ellas le llamó poderosamente la atención. Era una joven de aspecto humilde, pero que tenía un rostro bello y expresivo.

Barry llamó a la muchacha y después de examinarla con detenimiento le hizo unas cuantas preguntas. La joven se hallaba cohibida por la presencia de Ravenal y la actriz que había a su lado y se expresaba con mucho temor. Dijo que no había trabajado nunca, pero que tenía una gran pasión por la escena.

Después del interrogatorio, Barry la hizo salir. Su rostro no expresaba ni satisfacción ni desagrado, pero declaró a Ravenal que aquella muchacha se adaptaba maravillosamente al tipo de la heroína del drama por estrenar.

—Ahora veremos cómo juega los músculos de la cara—dijo Barry oprimiendo un timbre.

Se presentó un ordenanza.



—...¿Quiere que se llame a la policía...?

—Haga el favor de decir a esa señorita que acaba de salir, que entre otra vez.

Segundos después, la aspirante se hallaba otra vez en presencia del director. Este había cerrado la puerta y la miraba con el ceño fruncido con gran detenimiento.

—Cuando usted ha estado aquí, hace un momento, había una cartera sobre esta mesa. ¿Dónde está?

El rostro de la joven expresó una gran sorpresa. Dijo que ella no había cogido nada, que era incapaz de apoderarse de nada que no fuera suyo, y la entonación de su voz tenía inflexiones trágicas.

—¿Se niega usted a devolverla? ¿Quiere que se llame a la policía?—dijo Barry haciendo ademán de coger el teléfono.

—Le aseguro que yo no he sido, señor—exclamaba la joven al propio tiempo que se arrodilló ante el director en el paroxismo de la desesperación.

Ya era bastante. Había madera de artista y podía hacer el papel. Barry se levantó y le dijo cariñosamente:

—¡Tranquilícese! He querido poner a prueba su temperamento dramático. Yo haré de usted una gran actriz, se lo aseguro.

Así fué la entrada de Sylvia Jordan, en el mundo del teatro. A partir de aquel día, no tuvo Barry otra obsesión que hacer una gran actriz de aquella joven inteligente y sentimental que le había seducido en cuanto la vió.

El mundo del teatro vive entre una complicada red de envidias. El ascenso rápido de Sylvia le creó, por de pronto, la enemistad de Mildred Le Blanc, como ha de ocurrir siempre que el astro nuevo empieza a empañar con su brillo el pálido reflejo de los satélites.

—¡Una aficionada y mala!—decía Mildred cuando ensayaba Sylvia—. ¡Ni siquiera sabe colocarse ante el proyector!

Sin embargo, a Sylvia le dieron el papel principal y esto acabó de mortificar a su rival.

—¡Quisiera que me dijeras qué ves en ella que no tenga yo! ¡A no ser que sea que no sabe ni vestirse!

Ravenal era un hombre razonable y respondió:

—Este papel requiere más alma que figura. ¡La estética en él es lo de menos!

Y así llegó el día señalado para el ensayo general.

—Usted estará entre cajas, ¿verdad, Barry? ¡No podría ni abrir la boca si no le sintiera cerca de mí!

—¡Animo, Sylvia! ¡No tenga miedo que todo saldrá bien!

El ensayo general fué un brillante triunfo para Sylvia, pero todo se lo debía a la hábil dirección de Barry que había hecho de ella una buena actriz.

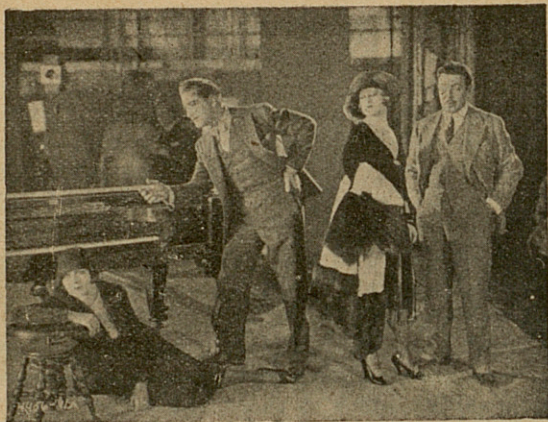
Ravenal miraba a la muchacha con codicia. Era un mujeriego impenitente y ya empezaba a estar cansado de Le Blanc. Cuando cayó el telón fué a felicitarla e invitarla al mismo tiempo a cenar con él.

Barry, que se hallaba presente, respondió:

—Lo siento, señor Ravenal, pero la señorita Jordán me ha prometido cenar conmigo esta noche.

—Entonces no he dicho nada—respondió Ravenal.

Sylvia era una cración de Barry artísticamente considerada; y Barry sentía por ella ese amor, esa veneración que sentimos por



—¡Una aficionada y mala!

todo aquello a que hemos dado forma, ¡vida!

—¡Es usted la mujer más deliciosamente femenina que he conocido! ¡Su alma es tan pura como grande y buena, Sylvia!—decíale la mañana después del estreno en el que ella había alcanzado un éxito de interpretación formidable.

Paseaban por un parque y los dos sentían un placer infinito de comunicarse sus cosas. Entonces dijo él:

—Estoy tratando de disimularlo, de dominarme, pero es inútil. ¡Yo la amo, Sylvia!

—¡Y yo... y yo también, Barry! Desde

que te conocí, desde el primer día mi vida entera eres tú.

Y el amor volvió a cantar triunfalmente una nueva victoria.

II

En tanto, Max Ravenal, a solas en su despacho, redactaba el contrato que había de someter a la firma de la nueva actriz.

Una de las cláusulas disponía que Sylvia no contraería matrimonio ni ningún compromiso de casamiento durante el tiempo que el contrato estuviese en vigor, o sea en un plazo mínimo de tres años.

Si un gran director había hecho de Sylvia una gran actriz de la noche a la mañana, un gran amor quería hacer de ella una esposa idolatrada.

Ellos tenían el propósito de casarse cuanto antes, y formaban grandes proyectos con respecto a su porvenir.

—Tú, Sylvia, tienes una sensibilidad exquisita y verdadero temperamento de actriz. Con mis conocimientos, yo haré de ti una artista que habrá de dar días de gloria a la escena.

Sylvia le amaba como si le hubiese conocido de toda la vida. No era un extraño. Había puesto en él toda su confianza y el amor que su alma atesoraba.

Atendía sus lecciones con gran aprove-

chamamiento y asimilaba en seguida las enseñanzas del maestro.

Ravenal seguía con interés los progresos de Sylvia. No sólo veía en ella una futura actriz que había de darle a ganar mucho dinero, sino también una posible conquista.... Estaba ya harto de Mildred y necesitaba una substituta.

—Después vendrá Ravenal a que firmes el contrato, pero antes quiero someter a tu aprobación éste—dijo Barry aquella noche, en el camerino de Sylvia, enseñándole una licencia de matrimonio.

Los novios hicieron cábalas con respecto a su porvenir y después Barry fué a atender los preparativos de la función que iba a dar principio.

Durante su ausencia se presentó Ravenal con el contrato. Sylvia lo leyó y dijo que todo estaba conforme, excepto la cláusula relativa al matrimonio.

—¿Qué diría Barry?

—Que piense lo que quiera, pero el contrato ha de firmarse tal como está redactado, o no se firma.

Ravenal se ausentó y volvió Barry. Sylvia le dió a leer el contrato y su novio se quedó pensativo y triste.

—Es una rareza, una arbitrariedad—dijo después—, pero hay que transigir, hay que firmar. Va en ello tu porvenir y yo no puedo ser tan egoísta que te lo haga perder.

—¡Son tres años, Barry! ¡Tres interminables años! ¿Qué haremos durante ese tiempo? ¡Yo no podría esperar!

—Tres años se pasan pronto, Sylvia de mi corazón, y después nos aguardan muchos de felicidad.

Barry en persona entregó la pluma a Sylvia y ésta firmó aquel documento que, por un tiempo dado, la haría la esclava de Ravenal.

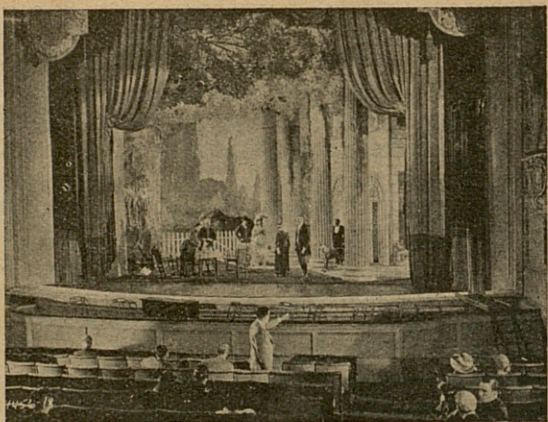
Pasaron los tres años. La fama de Sylvia fué aumentando de día en día. La obra prodigiosa del gran director, había cuajado en una actriz cuyo fama crecía gradualmente...

Y ocurrió que la fama de Sylvia fué obscureciendo gradualmente la figura de quién ella se lo debía todo. Ravenal había ido ganándole terreno y hoy en día Sylvia le distinguía con su amistad. Barry no era celoso, pero tenía un concepto demasiado elevado de su dignidad y creía que Sylvia le había olvidado casi por completo.

—¡Para nada les hago falta ya ni a Ravenal ni a ella!—pensaba.

Desde entonces, Barry se aislaba y eludía toda intimidad con Sylvia. No era que no la amase, al contrario, la quería más que nunca, pero su orgullo le impedía humillarse a pedir explicaciones a quien, en todo caso, estaba obligada a darlas espontáneamente.

La joven había notado el cambio de Barry, pero suponía que era debido a su carácter



El ensayo general fué un brillante triunfo para Sylvia.

ya de sí misantrópico y no quería importunarle con preguntas.

Ravenal notaba todas estas cosas y se mostraba cada vez más satisfecho porque esto favorecía sus planes, y procuraba hacerse agradable a Sylvia colmándola de atenciones, que ella agradecía. El empresario no tenía ninguna prisa y preparaba su conquista con paciencia.

Otra persona amargada, pero ésta por los fantasmas de los celos, era Mildred Le Blanc, la amiga que Ravenal conservaba por debilidad.

Una noche en que se efectuaba un gran estreno, Ravenal había dispuesto una cena íntima para celebrar el éxito que se esperaba de la obra. Mildred se enteró por uno de la compañía y cuando habló con Ravenal, le dijo indignada:

—Ya sé que esta noche das una cena de la que nada me has dicho. ¿Es que quieres que te agüe la fiesta? ¡Te advierto que iré!

El éxito de la obra fué clamoroso. Al final salió Sylvia a compartir los aplausos y llamaba en vano al director para que también saliera.

—¡Barry! ¿Dónde está Barry?

Pero Barry se hallaba en el patio de butacas.

Después de la función pasó al camerino de su novia. ¡Ravenal, como siempre, estaba allí!

—Acepte, Sylvia, este pequeño obsequio para conmemorar el tercer aniversario de nuestra provechosa asociación—y puso en sus manos un magnífico reloj-pulsera, de brillantes.

—Sylvia viene a casa esta noche, y, naturalmente, también le espero a usted.

Cuando ella y él quedaron solos, Sylvia le preguntó:

—¿Pero, adónde andas metido?

Barry no respondió. Sylvia le cogió ambas manos y le dijo:

—¿Te has olvidado de lo que esta noche

significa, Barry? ¡Mi liberación! Mira cuántos regalos he tenido... y aquí hay uno mío para ti—añadió entregándole una savoneta de oro que Barry se guardó en el bolsillo.

Fueron juntos a la fiesta que daba Ravenal, en el magnífico auto de ella. Barry iba silencioso y rehuía toda conversación con su novia.

—¿No has visto la cigarrera y el encendedor que he hecho poner para ti en el coche?

—Tienes “tu” auto equipado como el de una reina—respondió Barry.

—No digas “mi” auto, Barry. Di “nuestro” auto. Este coche es tan tuyo como mío.

—¡Tuyo, tuyo! Todavía me queda algo de amor propio y no puedo compartir las cosas de tu exclusiva propiedad.

Sylvia no respondió. ¡Cómo había cambiado “su” Barry! Pero como ella le quería como el primer día ya le borraría aquellos negros pensamientos.

Momentos después en casa de Ravenal, Barry se sentía anonadado, como si en lugar de ser una realidad se hubiese convertido en una sombra, tal vez en un espectro, al que apenas llegaban los destellos de gloria de su amada.

Ravenal había organizado aquella fiesta, no tanto para celebrar el estreno como por arrancar a Sylvia la renovación del contrato,

y la invitó a pasar a su despacho para hablarle de aquel asunto.

—Con todo estoy conforme menos con la cláusula del casamiento. Esa hay que quitarla.

—Sylvia: si quito esa cláusula, ¿se casará usted conmigo? — preguntó Ravenal anhelante.

—¡Eso no puede ser! ¡Ya sabe usted que yo he de casarme con Barry!

—Pues firme como usted quiera.

Entre tanto, en el salón, Le Blanc hablaba con Barry.

—Estoy segura que trata de que Sylvia reueve el contrato. Pero no renovará el tuyo, ya verás.

Barry se encogió de hombros, pero las palabras de la actriz se le clavaron como dardos.

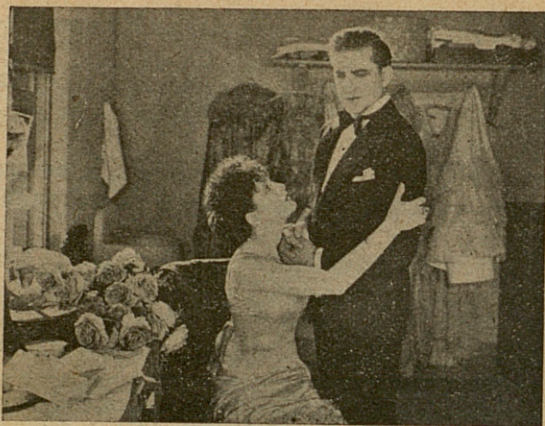
—Nadie más que Sylvia tiene la culpa de que Ravenal quiera deshacerse de ti, Barry.

La sospecha de Mildred quedó confirmada momentos después. Una vez renovado el contrato con Sylvia, el empresario llamó al director y después de muchos preámbulos, le dijo:

—Nuestro contrato termina hoy, Barry y a mí no me conviene renovarle.

—¿Tiene algo que ver Sylvia en ese cambio?—preguntó Barry fríamente.

—Mi interés por Sylvia se refleja en to-



—¡Son tres años, Barry! ¡Tres interminables años!

das mis decisiones—respondió con altanería el empresario.

Sylvia, una vez firmado el contrato, pretextó no encontrarse bien y regresó a su casa. Barry la acompañó. Durante un gran trayecto, los dos guardaban un silencio que ya iba haciéndose embarazoso. Los dos se consideraban mutuamente agraviados. Por fin, con objeto de romper el hielo, Sylvia sacó el contrato y se lo dió a Barry. Este miró el papel sin desplegarlo y se lo devolvió.

—¡Ya sé lo que significa todo esto!—se limitó a responder.

Volvió a reinar una pausa larga. El auto paró frente a la casa de ella y Barry la acompañó.

Sylvia vivía con lujo. Su casa era magnífica y hasta este detalle mortificaba a Barry.

—¿De modo que Ravenal y tú creéis que ya no necesitáis de mí?

Sylvia hizo un gesto de incompreensión.

—Creo innecesario decirte, Sylvia, que Ravenal no quiere renovar el contrato conmigo, es decir: que prescinde de mí.

—Yo he firmado sin la cláusula y nada me ha dicho de ti...

—Como quiera que sea, tú estás bien, Sylvia. Te ves mimada y halagada. "Tu" casa es magnífica...

—¡Otra vez Barry con "tu" casa! ¡Di "nuestra" casa, por favor!

—Sí; ¡buen papelito haría yo arrellenado junto a la chimenea, viviendo a costa tuya!

—Yo he triunfado por ti, Barry! ¡Todo lo que soy y todo lo que tengo te lo debo a ti!

Mientras Sylvia y su novio sostenían estas discusiones, Mildred Le Blanc tenía unas explicaciones con el empresario. Este le había expresado su deseo de romper definitivamente toda relación con ella.

—¿De modo que hemos terminado para siempre?

—Sí; y para que no te sea tan dolorosa la

separación, ahí tienes ese cheque—y le dió uno, por valor de veinte mil dólares.

—¡Una indemnización por daños y perjuicios, ¡vamos!—dijo Mildred, pero se guardó el cheque en el bolso.

Barry había abandonado la casa de Sylvia de una manera violenta, pues la discusión había degenerado en riña y Barry, excitado, llegó a insultar a su novia. Una vez en la calle, comprendió que había estado demasiado violento y quiso volver para pedirle perdón.

El auto seguía a la puerta. Se quedó un momento parado, cerca de allí y al cabo de unos instantes vió que Sylvia salía de la casa y el auto emprendía la marcha en dirección desconocida.

¿Adónde iría Sylvia a aquellas horas? Una cruel sospecha brotó en el cerebro de Barry, pero no: era absurdo. No podía ser que ella y Ravenal... ¿Dónde podía ir? Luchando con las dudas e incertidumbres que le sugería aquel hecho insólito, se dirigió a casa de Ravenal con el corazón oprimido por la inquietud...

¡El auto de Sylvia estaba parado a la puerta de Ravenal! Luego su sospecha se confirmaba.

Una nube roja le impulsó a tomar venganza, y cuando iba abalanzarse a la puerta del falso amigo unas manos se posaron en su

espalda y una voz de mujer le musitó al oído:

—¿Qué vas a hacer?

Se volvió y vió ante sí a Mildred Le Blanc.

—¿Qué quieres?—preguntó ásperamente.

Por toda respuesta, Mildred le cogió del brazo y le condujo a un auto parado cerca de allí. Barry se dejó llevar como un autó-mata. Su voluntad se había anulado y a la indignación había sucedido un estado de semi-inconsciencia inexplicable.

—Piensa que un escándalo no te conviene, Barry—dijo cariñosamente Mildred.

Barry asintió, maquinalmente, pues sus ideas estaban muy lejos de lo que decía la actriz.

—Labrarías tu ruina y sobre todo la de Sylvia.

Barry se secó unas lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Lloraba como un niño y necesitaba el consuelo de alguien.

—¿Qué debo hacer Mildred, qué debo hacer? ¡Yo no puedo pensar nada! ¡Esta tremenda decepción me ha quitado hasta la fuerza de pensar!

—Yo he decidido marcharme a Chicago y hacerme allí empresaria de un teatro. ¿Quieres venir de director conmigo?... ¡Si supieras la falta que me haces!

—Sí. Aléjame de aquí. Llévame muy lejos de esa mala mujer... Yo la elevé y ahora



La sospecha de Mildred...

ella se precipita en el fango... ¡Y yo la quiero, Mildred!

Mildred le calmó y no sólo le convenció para que se fuese con ella sino que consi-

guió que escribiera lo que ella le fué diciendo.

Después de que Mildred hubo entregado por su propia mano el billete al "chófer" de Sylvia con el encargo de que se lo diese cuando saliera, montó en el auto y éste emprendió la carrera a través de la noche...

III

El objeto que había impulsado a Sylvia a trasladarse a la casa de Ravenal, en hora tan intempestiva, era de índole muy distinta de lo que Barry se había figurado.

Cuando su novio la abandonó después de reprocharle nuevamente que Ravenal le había despedido por su influencia, ella quiso obligar al empresario a que revocase la orden.

—¡Me ha engañado usted! ¡Bien sabe que nunca hubiese firmado sin Barry! — dijo Sylvia una vez se vió en presencia del empresario.

Este, viéndola tan excitada, le dió amplias satisfacciones.

—Yo había prescindido de Barry porque la quiero a usted, pero ya que lo desea, mañana le renovaré el contrato.

Ya más tranquila, Sylvia abandonó el despacho de Ravenal.

Al tomar el auto, el "chófer" le dió el billete. Lo abrió temblorosa y leyó lo siguiente:

"Sylvia: No necesitas andar escondiéndote para venir a ver a Ravenal. Si me hubieses hablado con franqueza, te hubiera dejado en libertad, como ahora te dejo y como quedo yo. Adiós y buena suerte.

Barry."

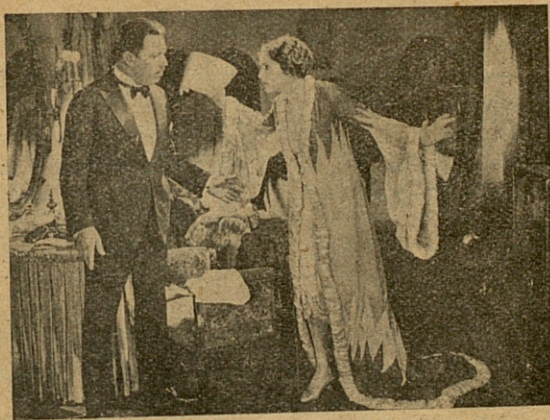
Rotas por la tremenda y absurda realidad de los hechos, las vidas de Sylvia y Barry, naufragaban arrastradas por sus propias pasiones. Los remordimientos, los dolores, aquella pasión incontenible que avivaba más la separación en que se hallaban, corroían sus almas y las consumían.

Barry se entregó a una vida disipada y viciosa. Quería buscar el olvido aturdiéndose con el licor y lentamente iba decayendo hasta las más abyectas costumbres.

Mildred estaba sinceramente enamorada de Barry y quería animarlo para que volviese a seguir el buen camino, pero todo era inútil.

Cierto día, repasando las noticias teatrales de los periódicos neoyorkinos, Barry leyó un suelto en que se daba la noticia de que Sylvia Jordán, la estrella del teatro de Max Ravenal, aparecería en breve en un brillante espectáculo que se estaba preparando para ella.

Barry recortó el suelto y sin decir nada a nadie formó el propósito de ir secretamente a Nueva York con objeto de ver por úl-



—¡Me ha engañado usted!

tima vez cómo su amada triunfaba. Después...

El sólo anuncio de la nueva obra en que había de aparecer Sylvia, puso en conmoción a todo Nueva York. El día antes de la función ya se habían agotado todas las localidades.

Sin embargo, Ravenal andaba preocupado. Durante el ensayo general, Sylvia denotaba una gran desidia. Si se presentaba así en el estreno, la obra y la actriz, fracasarían ruidosamente.

—No es ni su sombra, desde que se ha separado de Barry—comentó el director.

La noche del estreno, Sylvia estaba nerviosísima.

—En todos los estrenos le pasa igual. ¡Son los nervios!

Deliraba. Los últimos sucesos de su vida habían hecho tal mella en su ánimo que su salud se había resentido de una manera alarmante. ¡El recuerdo de Barry le perseguía! Aún lejos de ella, le daba ánimos e infundía valor a su espíritu quebrantado.

—No te saldrás de la platea, ¿verdad Barry?... ¿Te estarás entre cajas? ¡No podría ni abrir la boca si no te sintiera cerca de mí!...

Daba lástima verla. El mismo Ravenal, que se hallaba a su lado infundiéndole ánimos, sentíase conmovido.

Volvió a recobrar la lucidez.

—Nada, Max. ¡Estoy a punto de volverme loca!

—Pues no hay que decaer, amiga mía. Piense usted que esta noche se juega su porvenir.

Para infundirle ánimos, a Ravenal se le ocurrió apelar a una mentira.

Momentos antes de principiar la función entró en el camerino y con semblante alegre, dijo:

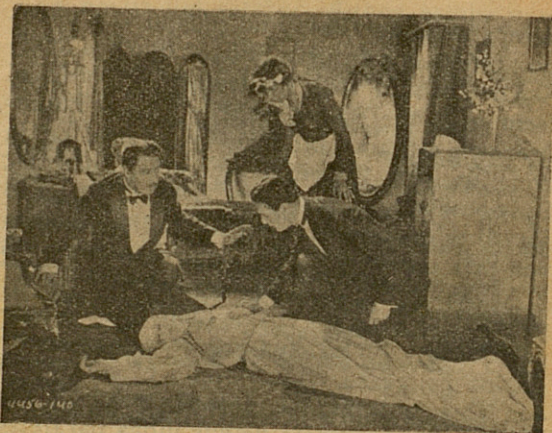
—¡Anímese, Sylvia! Barry ha venido a la función de esta noche!

Sylvia recobró fuerzas. ¡Estaba él para juzgar su labor y tenía que superarse! Ella

demostraría que Barry no se equivocó cuando predijo sus futuros éxitos; que sus enseñanzas habían sido utilizadas. Recordó el tiempo en que Barry luchaba para acostumbrarla a situarse bien en las tablas, en la zona de luz. “¡Cuidado con las sombras, Sylvia; siempre de cara a la luz!” Recordó los días en que la instruía puliendo cada vez más su sensibilidad exquisita; recordó el cariño con que él la daba alientos y le vantaba su espíritu en los momentos de decaimiento y lucha; sus satisfacciones cuando los primeros triunfos que él compartía con alegría inmensa; después recordó sus amores, los episodios de sus vidas paralelas hasta el día funesto en que la fatalidad les separó. ¡Oh! Ella se superaría, haría vibrar hasta las más profundas fibras de su sensibilidad, pondría toda el alma y el último hálito de vida, para que su éxito fuese rotundo y clamoroso. Después, caería a los pies de Barry y le diría: “Mi éxito es tuyo y mi vida también.”

La fiebre la devoraba. Cuando tenía que hacer su entrada en escena, los amigos tuvieron que llevarla en brazos. Pero estaba alegre y la confianza en el triunfo la animaba.

La mentira resultó verdad. Barry presenciaba la función desde las localidades del paraíso y asistió al triunfo más clamoroso de su novia. Durante todo el acto, el genio



...y cayó en el suelo desmayada.

prodigioso de la actriz tenía electrizado a todo el público y al final estalló una salva estruendosa de aplausos para la actriz.

—¡Es maravilloso!—decía uno del público a su compañero de banco—. ¡Ha ganado un cincuenta por ciento desde que mandó a Barry a paseo!

¡Y se lo decía al propio Barry!

En el camerino, Sylvia preguntaba anhelante:

—Pero, ¿y Barry? ¿Por qué no entra Barry?

—Quiere que termine usted tranquila. Al final entrará—le respondió Ravenal.

Pero Sylvia no pudo resistir más y cayó en el suelo desmayada.

Nada hay tan doloroso para el que quiere de verdad, como pensar que ha muerto para él el ser amado. Esto pensó Sylvia cuando se terminó la función de aquella noche y Barry no pareció por su camerino.

¡Y pensar que mientras Sylvia moría de pena por Barry, éste moría también de pena por ella!

Al día siguiente. Sylvia está postrada en cama por una fiebre altísima. Ravenal y sus amigos buscan por todas partes a Barry, pues ella no cesa de llamarle en su delirio.

Pero todo es en vano. Barry no aparece por parte alguna, tal como si se lo hubiese tragado la tierra.

Prosiguen las pesquisas. Al día siguiente se sabe que Barry estaba en Chicago. Circulan las noticias por los hilos del telégrafo, pidiéndole que se ponga en camino inmediatamente, pero contestan que ha salido de allí y nadie tiene noticias suyas.

Sylvia se agrava por momentos y no cesa de pronunciar el nombre del ser amado:

—¡Barry!... ¡Barry!...

Pero sus palabras no hallan eco.

—He agotado todos los recursos—dice el médico—. ¡La ciencia es impotente en este caso!

Entre tanto, Barry vaga por la ciudad, desesperado. La vista de Sylvia ha despertado los dormidos sentimientos y el recuerdo de ella le persigue por doquier.

Sólo una cosa podrá borrar la imagen del ser odiado y amado al mismo tiempo que no se aparta de su pensamiento. La muerte le brinda sus brazos acogedores, que hacen olvidar todo, que lo borran todo... ¿Pero podrá vivir sin verla? ¿Podrá vivir sin ella? ¿Y si fuese inocente de la sospecha que tuvo en un momento de obcecación?

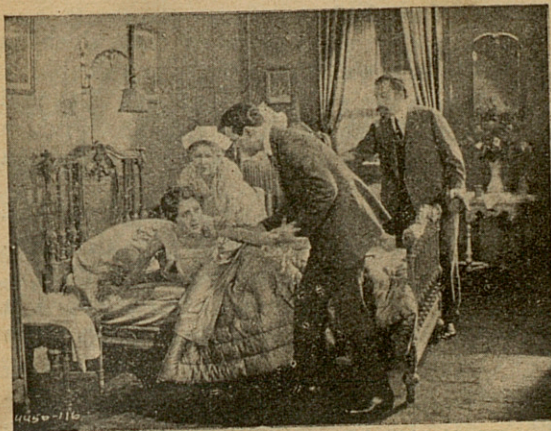
Por los periódicos tuvo noticias de que Sylvia estaba gravemente enferma. A partir de aquel momento no pensó más que en ir a verla y se dirigió a su casa.

Ravenal se hallaba en el vestíbulo junto con otras personas que le eran completamente desconocidas. Mientras pedía permiso al criado para pasar, Ravenal le reconoció y fué hacia él.

—¿No ha muerto? Me está esperando, ¿verdad?—preguntó ansiosamente.

Ravenal le contempló con lástima. Barry estaba transformado; llevaba la ropa en desorden, rasgada por algunos sitios.

—¿De dónde sale usted, Barry? Le hemos estado buscando durante tres días por todas partes.



—¡No puedo más, Barry!

—¿Por qué me buscábais?

—Sylvia quería verle... Durante estos días no ha hecho más que pedir por usted... Ahora, y antes. ¡Siempre ha vivido pensando en usted!—añadió Ravenal.

—Siempre... siempre... —replicó Barry—. Hubo un momento en que me olvidó por completo...

—Puede usted creerme si yo le digo que siempre, ¿entiende usted bien? Siempre, ha vivido por usted.

Barry oprimió al empresario por un brazo y le miró con fiereza.

—¿Y aquella noche?...

—¿Qué noche?

—La noche que vino a su casa, después del baile... la noche que usted me despidió.

—¡Pobre amigo mío!—exclamó Ravenal moviendo la cabeza. La visita de Sylvia a mi casa, era para pedirme que prorrogase su contrato, ¡ya vé usted!

—¡Quiero verla, quiero verla ahora mismo, para arrojarme a sus pies y pedirle perdón!—dijo Barry conteniendo un sollozo.

Ravenal le hizo una seña y le llevó a la alcoba donde la enferma se hallaba devorada por el delirio.

—¡Déjeme! ¡Voy a dirigir su último papel!—dijo Barry contemplando aquel rostro querido que el dolor atormentaba.

En su delirio, Sylvia creía estar ensayando, dirigida por Barry.

—¡No me acuerdo de lo que sigue ahora!—dijo con desaliento mirando a Barry a través de sus ojos vidriosos, pero sin reconocerle.

—Ahora te diriges a la batería, donde da la luz de lleno... ¿No te acuerdas?...

El semblante de Sylvia se animó con una sonrisa. Diríase que su ser se había sentido convulsionado cuando oyó la voz del ser por quien tanto había sufrido, pero el espíritu se hallaba ausente.

—¡Animo, Sylvia, ánimo!—exclamó Barry.

—¡No puedo más Barry! ¡Todo ha terminado!

—¡Todavía no, Sylvia! ¡Un poco más de ánimo te digo!

—¡Qué oscuro está todo, Barry! ¡Tengo miedo!.... ¿Dónde estás?... ¡Que yo te vea, que yo te sienta cerca de mí!

Sylvia se debatía sobre la cama convulsionada por el dolor. Parecía que su ser luchaba con la muerte que quería arrebatarse el último soplo de su alma.

—¡Vamos, Sylvia, vamos! ¡Sal de las sombras! ¿No me oyes?

—¡Sí, pero no puedo! ¡Quiero obedecerte, Barry... pero no puedo!

Después de aquel esfuerzo, Sylvia quedó como aturdida. Cayó en un profundo sopor y el médico, después de reconocerla, dijo que descansaba.

—Estaba muerta cuando usted entró y ahora tiene vida. Si usted no la abandona, puede salvarse.

A la mañana siguiente, cuando el día clareaba a través de los visillos de las ventanas, Sylvia tuvo un momento de lucidez.

Abrió los ojos y los posó en el rostro de su amado que no se había movido un sólo momento de la cabecera del lecho.

Le miró tiernamente y sus labios exangües dibujaron una débil sonrisa. Barry le oprimió la mano y le dijo:

—No hables, Sylvia; no digas nada; descansa. Yo velo por ti...

—Barry... mi vida... mi vida toda desde que te conocí...—musitaron sus labios.

—¡Vive, Sylvia!... ¡Has de vivir!

—¡Quiero vivir, Barry!... ¡Renacer como la luz del día después de la noche... Pero que te vea yo cerca de mí... que te sienta a mi lado... ¡Así!...

FIN

Poesía Postal

POR
DIEGO DE MARCILLA



Versos
para es-
cribir toda
clase de
postales



Precio: 1,25 pesetas